



SE PUBLICA LOS SÁBADOS

 DIRECTOR ARTÍSTICO **D. JOSÉ CARRASCO** DIRECTOR LITERARIO **D. JULIO VICTOR TOMEY**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ronda San Pablo, 39, 2.º



¿Que por qué se quedan dormidos estos caballeros?
 rigúrense Vds. que están en casa de la modista, esperan-
 do que acaben de probar los vestidos a sus esposas.



¡SEÑORAS! LOS POLVOS IMPERIALES

preparados por el Dr. Pizá y compuestos de **pasta de almendras** son los preferidos por las señoras elegantes. Son diáfanos, puros y de un agradabilísimo perfume, higiénicos en alto grado é indispensables en todo tocador.

Vale la caja TRES pesetas

DE VENTA: En las perfumerías de J. Dachs, Fernando VII, 56.—P. Baltasar, Santa, Ana, 21.—A. Ferrer, Plaza Santa Ana, 5.—S. Vives, Pasaje Bacardi.—Lafont, Fernando VII, 59 y Plaza San Jaime.—En las droguerías de Rus, San Pablo, 68, Plaza Universidad, 6 y *Le Coiffeur parisien*, Paseo de Gracia, 62.

La Económica
25, SAN RAMÓN, 25

La casa que vende más barato en Barcelona

SOMBREROS INGLESES
DE 5 Á 10 PESETAS

Kiosco, con muestras, en la Rambla, (frente al Liceo).

FOTOGRAFÍA

RETRATOS DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS
por todos los
PROCEDIMIENTOS

L. Marqués

SECCIÓN ESPECIAL
para los señores aficionados
TALLERES ESPECIALES
para las reproducciones y la Platinotipia

Rambla de Cataluña, 5 y 7, Plaza de Cataluña

8, Pelayo, 8.-- **LA SUECIA** .-- Barcelona
(PRÓXIMO Á LA UNIVERSIDAD)

No comprar **muebles** sin visitar antes los que tan resistentes y de última novedad vende esta casa á los más reducidos precios de fábrica, ya que su gran taller, montado á la altura de los más importantes del extranjero, permite recomendar sus productos por su **gran baratura, resistencia y esbeltez.**



Mobiliarios completos á precios nunca vistos.—Hay especialidad para **despachos, fondas, casas torres etc., etc.,** incluso tapizados y cortinajes, y las tan celebradas **Sillas Suecas.**

NADIE SALE SIN COMPRAR
No olvidar el núm. 8 de la calle Pelayo, los que van á casarse.

NO TENER PEREZA EN LLEGARSE Á
Barcelona.—LA SUECIA—8, Pelayo, 8
(Pròximo á la Universidad)

Competencia con La Amuebladora (antes El Diablo) de la Plaza Verónica, 2, junto al Casino Mercantil.

EL DÍA DE MODA
PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO
5 céntimos número en toda España 5

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Los pedidos de ejemplares á la Administración: **Ronda de S. Pablo, 39, 2.º, 1.º** * Corresponsal en Madrid: **D. Antonio Fernández,** calle Mayor, puesto de periódicos, frente al café de Lisboa.
Véndense colecciones al precio corriente en los siguientes kioscos: Paseo de Gracia; *Noticiero* (frente al café Pelayo), y *El Sol* (frente á la calle de San Pablo).

CRONICA



HORA resulta que Mr. Roulez, aquel electricista parisién á quien se atribuían cuatro duelos, llevados á cabo en doce minutos, casi por la electricidad, y de quien se afirmaba que había salido en

todos vencido, no se ha batido.

La noticia, según él, ha sido un *canard*.

El pueblo parisién que cantaba himnos á aquel héroe, se ha quedado estupefacto al leer en *Le Temps* una carta suya en la que manifiesta que es *filfa* todo cuanto de él se ha dicho; que ha gozado mucho riéndose de los periodistas que comentaron el imaginario suceso y que se encuentra á su disposición, por si gustan cambiar con él cuatro estocaditas.

Lo mismo que podría anunciar un matador de toros que estaba á disposición de las empresas.

A varios reporters no les ha gustado mayormente que se rieran de ellos y le han enviado sus padrinos.

Y Mr. Roulez ha aceptado sus desafíos, prometiendo admitir cuantos se le propongan.

Los que le han retado andan temblorosos y melancólicos.

Cuando ven á un amigo le abrazan reciamente, como si tuvieran el gusto de que le faltase el resuello.

—Pero ¿qué te pasa?

—exclaman los estrechados, creyendo que pretenden asfixiarlos.

—Me despido de tí, porque ¡ay! es muy fácil que parta...

—¿A quién?



—Al contrario; yo temo ser el partido.
—¡Ah! comprendo; vas á viajar en ferrocarril español. ¡Desdichado! Prometo llorarte.

—Aun peor; voy á batirme con Monsieur Roulez.

—¡Cáspita!

Es verdaderamente extraño que aquel señor desmienta el hecho. Si no es exacto; ¿á qué ese afán de admitir tantos lances como se le presenten?

Esto indica su poco temor de ser vencido.

En fin, no obstante su carta, aun sigue siendo estos días el hombre de moda.



—No sé qué daría por conocer á Mr. Roulez—piensan las *cocottes* entusiasmadas.— No puedo remediarlo; adoro á los hombres de valor y sería muy capaz de admitir mil francos, si él me los ofreciera. Son así estas buenas señoras. Capaces hasta

del sacrificio.

Si la nación francesa contase con un puñado de hombres como Mr. Roulez, no vacilaría un instante en declarar la guerra á Alemania.

Si aquél se bate con los periodistas que le retan, no hay duda que hará que lo pasen mal; y si á éstos siguen otros queriendo vengar la muerte de sus colegas, da miedo pensar lo que sucederá.

Habrá que construir un nuevo cementerio para sus víctimas.

Aunque no es tan fiero el león como lo pintan.

Ya verán Vdes. como el mejor día se descuelga la prensa diciendo que todo aquello ha sido el reclamo de un astuto comerciante, para dar á conocer algún unto de su invención que tiene propiedades sumamente ventajosas y desconocidas hasta la fecha.

JULIO VICTOR TOMEY

CASOS PRÁCTICOS

Hoy escribo una novela,
un tomo de prosa varia,
un sainete, una zarzuela,
cualquier obra literaria,
Pago al bourgués impresor,
como es justo, la factura;
luego al encuadernador,
que para cobrar me apura.
Ya la edición está en casa;
ya es completamente mía,
y el gran deseo me abrasa
de verla en la librería.
Hago la suposición,
que es bastante suponer,
de que toda la edición
se llega pronto á vender.
Los bourguéses vendedores
que cumplen honradamente
y son buenos pagadores
—pocos, desgraciadamente,—
me pagan con el descuento,
que es bastante regular,
del cuarenta y tres por ciento
del precio del ejemplar.
Voy á suponer también
que todos, sin excepción,
se portan conmigo bien
y hacen la liquidación.
Pues resúmen de la cuenta,
que clara y sencilla es:
por impresión, el cuarenta;
por venta, el cuarenta y tres.
Otro diez por ciento, ó más,
para el encuadernador,
correo, tinta y demás
dispendios al por menor,
resultando, según cuento,
y contó muy bien así,
que queda un siete por ciento
solamente para mí.
De manera que yo que,
como obrero intelectual,
fui quien la obra creé,
quien hizo lo principal,
quien gastó tiempo y paciencia
del trabajo por virtud,
consumiendo inteligencia
y acaso hasta la salud,
aunque dé buen resultado,
sin quiebra alguna la obra,
de cuantos han trabajado

yo soy el que menos c^obra.
Es injusto y feroz est
que al más impasible aplana;
pero callo y no prótesto,
porque, al fin, algo se gana.

Pues bien, voy á suponer
que el partido socialista
se encuentra ya en el poder
y no hay un capitalista.
Ya no hay patrón en la imprenta;
los amos son los obreros
y tengo para la venta
asociados los librereros.
Me llevan por su trabajo
de un libro, con ó sin monos,
real arriba ó real abajo
lo mismo que los patronos.
Y resulta que lo mismo,
por una producción mía,
gano con el socialismo
que con esta bourguésia.
Digaseme, por lo tanto,
sea por escrito ó no,
¡qué demonios adelanto
con ser socialista yo!

¿Soy obrero intelectual?
¿tengo derecho á comer?
¿Merezco un justo jornal
si vago no llego á ser?
Pues mi oficio es escribir
con poco ó mucho talento,
y ello debe producir
para mi prole, sustento.
¿Produce? Pues adelante;
ya estoy bien recompensado.
¿Y si no da lo bastante?
¿Lo va á suplir el Estado?
Si Iglesias dice que sí,
desde luego me conquista,
y aunque me excomulgue Pí,
me declaro socialista.
La pregunta contestada
será así, en frases corteses:
—«Cuando no gana usted nada,
¿le mantienen los bourguéses?»
—No; pero yo hago constar,
por lo que respecta á mí,
que para no mejorar
algo, bien estoy así!
Yo á mi me estoy refiriendo
y habrá otros que ratifiquen.
Se dirá que no lo entiendo;
¡bueno; pues que me lo expliquen!

JOSÉ ESTRANÍ.

ÓPERA SERIA



ópera formal, como dice un *dillettanti* del régimen antiguo.

Así como hay ópera cómica ó risible, tenemos ópera seria donde siempre se repite el mismo drama can-

tábile.

El tenor adora á la tiple; el bajo, que es padre, se opone; la contralto tiene celos; el barítono lanza cada jipío que parte los corazones porque la tiple le desprecia; el *tenorino*, se queda compuesto y sin novia como en *Lucía*, y recibe las primicias de los patos primaverales; la tiple *comprimaria* ó *comprimida*, escucha las lamentaciones de la soprano, y la dirige algunos gallos consoladores; el empresario trina y los abonados murmuran, y lo encuentran todo detestable.



Con los cantantes de ópera sucede, aunque sea mala comparación, como con los toreros; el *dillettanti* de guardarropía, como el aficionado de café, no se cree digno de sí mismo si no se remonta al tiempo antiguo para entonar un himno en honor de las glorias pasadas.

- ¡Aquella Penco!...
- ¡Aquel Curro Cúchares!
- ¡Aquella nota de Mario!...
- ¡Aquellos volapiés del *Tato*!
- ¡Aquella elegancia de Tamberlick!...
- ¡Aquella muleta del *Gordo*!



La mayoría de los que así se expresan no han oído á la Penco, ni conocieron á Curro, ni tienen noticias de Mario ni han oído más óperas que *Rigoletto*, con rebaja de precios, y *Lucía* sin masas... corales, como se cantó hace pocos años en

un teatro verraniego.

La ópera seria civiliza á los burgueses, enciende las pasiones y perturba el presupuesto doméstico de muchas familias decentes pero aficionadas al *bell canto*.

Ante una compañía de verso, como se llama en el lenguaje usual á toda compañía de declamación, puede presentarse una chica en estado de merecer, vestida modestamente y sin pretensiones.

Ante Onofroff, las damas elegantes han adoptado el sombrero para presenciar desde los palcos las experiencias de hipnotismo, fascinación y carrera de espectadores por las butacas, huyendo del *medium*, que tiritita y embiste al público paciente.

Pero ¿con qué cara se presenta una chica delante de *Nelushko* ó *Lucrecia Borgia*, de *D. Basilio* ó de *Guillermo Tell*, sin estrenar alguna prenda exterior, que huelga á ópera seria desde una legua?



Esto, en cuanto á las que se visten; que algunas damas elegantes, cuyos pies beso, esperan á que se arranque *Mefistófeles* por todo lo *jondo* para exhibir lo que permaneció cuidadosamente oculto el resto del año.

¡Bendita sea la ópera!

Con los estrenos que se anuncian se hallan confundidas muchas familias que no están muy fuertes en la lengua del Dante... del Papa.

Eso de anunciar la *Cavalleria* de Mascagni, con b, ha llenado de confusiones á muchos partidarios de la escuela italiana.

—Diga V.—preguntaba anteanoche en el Paraíso, una joven tímida que destroza al piano la *Estudiantina* de Taberner y el coro de las segadoras de *El rey que*

rabió:—eso de la *Cavalleria rusticana* ¿qué es?

—No seas ignorante,—añadió la mamá,—*Cavalleria rusticana*, quiere decir caballería campestre.

—O soldados de Pavía en rústica—añadió un abonado de los que suben todos los entreactos á destrozar corazones paradisiacos.

—¿Saldrán muchos caballos?

—No, señora; la empresa no pone más que doce y advierte al público que no podrá exigir más aunque los doce se inutilicen.

—Pues es una barbaridad.

—No, señora; es una novillada: no tiene más que un acto.

MIGUEL ALTOLAGUIRRE.

QUISICOSA

«¿Qué es *Frascuero*? Un mal torero que no sirve para nada.

¿Qué es *Guerrita*? Un mal espada y peor banderillero.

¿Y el *Currito*? Un desgraciado que toma siempre el olivo, aunque el toro sea un chivo y se lo echen embolao.

¿Y *Valentin*? Un maulón.

¿Y *Lagartijo*? Un chancleta.

¿Y *Mazzantini*? Un maleta.

¿Y el *Espartero*? Un tumbón.

¿Qué es *Bonarillo*? Un chiquillo que no va á ninguna parte, porque no ha *mamado* el arte, como yo, de *Pepe-Hillo*.

¿Y *Pepete*? Un mozalbete sin *na* de sangre torera.

¿Y qué es el *Gallo*? un cualquiera

tan malo como el *Pepete* ¿Y qué son el *Coca*, el *Charro* el *Pilili* y el *Melones*?

Unos malos *gindamonos* que no valen un cigarro.

En fin, entre los modernos espadas, no hay un torero: pues torero verdadero es quien no teme á los cuernos.»

Esto decía ante un corro de toreros de *camama* que discutían la fama de *Espartero* y el *Chicorro*, el novillero *Juncal*, que es, sin duda, el más maleta, de la gente de coleta que concurre al Imperial.

Y al verle tan convencido, su consorte, que le oía, entusiasmada decía:

«¡Qué torero es mi marido!»

ANTONIO LIMINIANA.



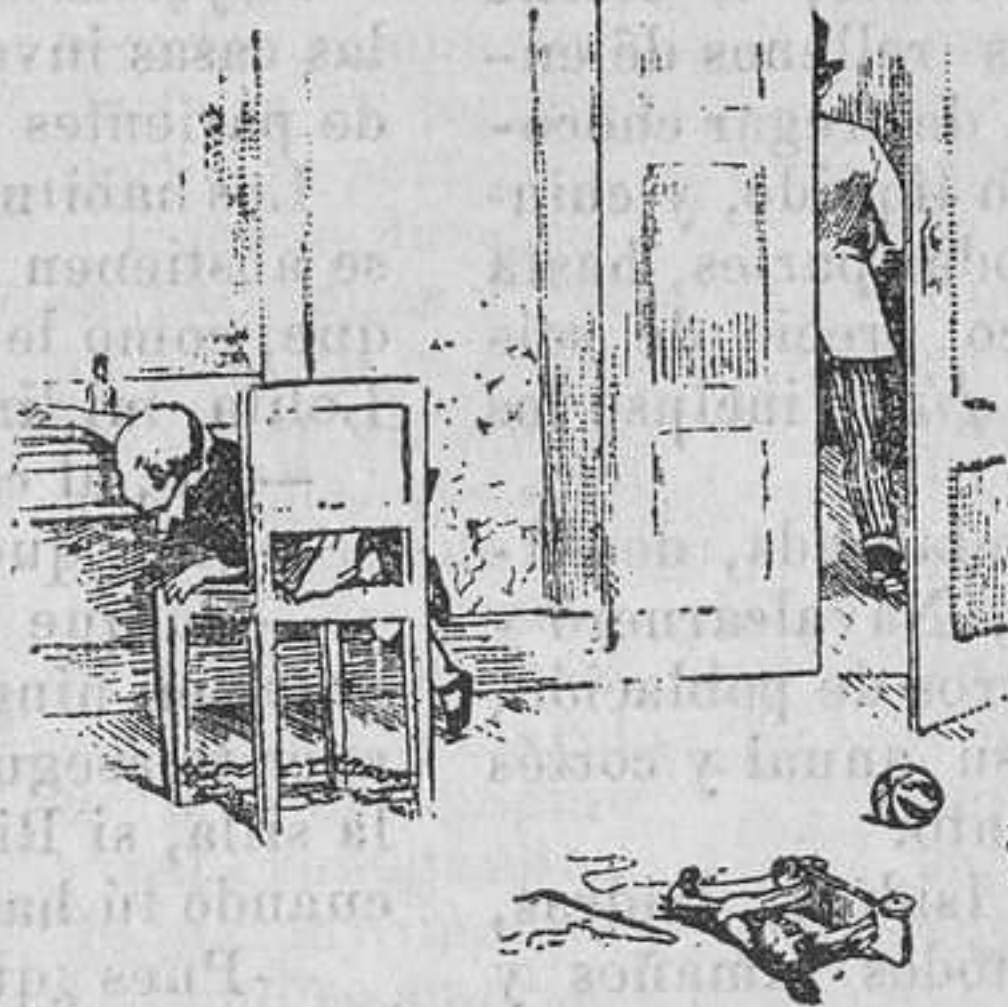
El tricófero PADRÓ



1.—Vaya, démonos la última mano, y á la estación, á buscar á mi esposa.



2.—Mira, nene, juega cuanto quieras, pero mucho cuidadito con acercarte siquiera al tarro que hay sobre el tocador ¿Entiendes?



3.—Y, efectivamente, apenas el buen señor sale de la estancia...



4.—¿No se unta papá la cabeza con esto? Pues aunque me unte yo los carrillos...



5.—¡Dios mío! ¡Pero ese no es nuestro hijo! ¡O se ha transformado en un gnomo!

CRÓNICA MADRILEÑA



BUENA, buena, buena!
¡pero buena!—como decía aquel vendedor de piedras de afilar que estuvo establecido en calidad de ambulante bajo los soportales de la Plaza Mayor—ha sido en

Madrid la semana pasada.

Un diluvio de forasteros *de fuera*, como diría, si viviese, doña Nicolasa, aquella patrona que nos servía in *illo tempore*, durante el verano, el eterno principio de calabacines rellenos de engrudo de zapatero, agua de fregar chocolateras ó hígado de perro líquido, y chinches á todo pasto y en todas partes, hasta en la sopa, por el módico precio de seis reales diarios *todos los días*, incluso los festivos.

Los indígenas de Fuenlabrada, de Alcobendas, de Chinchón, Navalcarnero y demás importantes centros de población, han venido á hacernos su anual y cortés visita con motivo del Santo.

Familias enteras de Isidros, Isidras, Isidritos é Isidritas de todos tamaños y condiciones, han caído como lluvia del cielo en casa de los parientes más ó menos cercanos, ó de los amigos que tienen en Madrid, trayendo, á guisa de introductor de embajadores ó de heraldo de sus personas, el pollo tísico, la gallina antidiluviana, el queso fósil, las tortas de la edad de piedra, ó el cesto de huevos microscópicos.

Por esto doña Aglae, después de regresar de la pradera, en el sagrado de la alcoba nupcial, único punto de la casa que la invasión de los numerosos parientes de

su marido ha respetado, se queja de esta suerte:

—Te aseguro, Procopio, que es el último año que lo tolero; ¡ahí es nada! tomar la casa por asalto ¡siete personas nada menos! ¡Hasta encima del fogón ha sido necesario colocar almohadas para que duerman.

—¡Pero mujer, considera!...

—Yo no considero sino que nos están comiendo todos los días un ojo de la cara, y luego, después de estar quince días devorando como lobos, creen que han pagado con una gallina que ni el morrongo pudo roer.

D. Procopio nada responde, abrumado por la poderosa oratoria de su consorte.

—Sin ir más lejos, esta mañana—prosigue aquélla—el pequeño me ha roto una sopera fina poniéndosela en la cabeza, diciendo que era un casco de caballería; ¡te digo que esto es insoportable!

Reyertas como estas las hay en todas las casas invadidas por ese cólera anual de parientes ó amigos forasteros.

Los habituales concurrentes á los cafés, se abstienen de ir á ellos estos días, porque, como le decía ayer tarde á su papá, Lolita, mi linda vecina:

—No, al café no vayamos.

—¿Por qué?

—Porque en estos días no se puede parar en ninguno; se asfixia cualquiera; ayer te aseguro que por poco me caigo de la silla, si Ricardo no me coje del talle, cuando tú hablabas con D. Ruperto.

—Pues ¿qué te pasó?

—Me mareó de un modo horrible el olor que despedían aquellos paletos que nos rodeaban.

—Pues yo no olí nada.

—Estarías constipado. Porque hedían ¡ay! á *ordinariez* los de la derecha, y los de la izquierda no dejaron de incensarme en toda la noche con el humo de sus cigarros, que parecían hechos con pimienta negra.

También los teatros de á real y medio, ó por piezas, han visto llenas de bote en bote las localidades de menor cuantía, y

algunas butacas se veían usufructuadas por los emigrantes.

A un amigo mío le ha dejado uno de los mayores contribuyentes de Villazopeque un recuerdo indeleble de su permanencia en Madrid.

Se le ocurrió ir á Apolo á ver *Los Aparecidos*, y en efecto vió... las estrellas, á causa de un pisotón del susodicho contribuyente, que con su calzado tachonado, no de estrellas, sino de tachuelas de cabeza de garbanzo, le deshizo el dedo pequeño del pie derecho, y el sombrero de copa, sobre el que se sentó.

El sombrero ha tenido que reemplazarlo en casa de Guevara, pero el dedo del

pie se le quedó pegado al calcetín cuando se descalzó en casa.

Por lo demás, con los *indios* nos ha venido un calor del Senegal, *digan lo que quieran los termómetros*, según la frase del maestro Ferreras, que nos está haciendo sudar la gota gorda y pensar constantemente en las playas del Cantábrico y en el levantamiento de empréstitos forzosos.

Nota-bene.—Todavía no me he atrevido á hacer la expedición por este año al Africa central, vulgo *Pradera de San Isidro*.

ANTONIO R. LÓPEZ DEL ARCO.

CONTRASTE

No he visto en mi vida
mujer más traviesa
que mi encantadora
vecina Teresa.
No calla un momento,
no para un instante,
arriba y abajo
y atrás y adelante.
Regaña, maldice,
murmura, vocea,
se irrita, se rie,
calumnia, y pelea;
se entera de todo
lo que hay en la casa,
se sabe al dedillo
qué ocurre, qué pasa,
censura ó aprueba
lo malo y lo bueno,
y cuenta enseguida
lo suyo y lo ajeno.
Se agita, se mueve
como un molinillo,

se va á la guardilla,
se sale al pasillo;
que grita, que corre,
que sube, que baja,
¡no sé cuándo come
ni cuándo trabaja!
La pobre es chismosa,
mordaz, embustera...
¡la falta un tornillo,
según la portera!

Por eso dispone
de haciendas y vidas,
se pasa en el patio
las horas perdidas,
que chilla, que riñe,
que canta, que tose,
ni lava, ni limpia,
ni plancha, ni cose;
y en tanto al marido
le lleva el demonio
y está renegando
de tal matrimonio.
El hombre, parece
que ya tiene miedo,

porque habla muy bajo
y pisa muy quedo.
Por nada se irrita,
por todo se calla,
ni busca disputas,
ni quiere batalla.
De genio apacible,
sencillo, modesto,
tranquilo, ordenado,
mañoso, dispuesto,
le importa un pepino
qué dicen, qué pasa,
se cuida de todo
y arregla su casa.
Por eso le ofende,
por eso le pesa
que sea tan loca
su amada Teresa,
y todas las noches,
sereno y prudente
la da cuatro palos
silenciosamente.

SINESIO DELGADO.

ADVERTENCIA

Conforme anunciamos oportunamente, desde el número 18, ó sea el correspondiente á la semana próxima, costará *diez céntimos* cada ejemplar de EL DÍA DE MODA.

No haremos pomposos elogios de nuestra publicación. Sólo diremos que si vendiéndose el periódico á cinco céntimos nos hemos esforzado en que fuera digno del público, al que agradecemos las bondades que nos ha dispensado, en lo sucesivo,

vendiéndose á doble precio, comprendemos que debemos esforzarnos doble, y así lo haremos.

Contamos con la colaboración de los principales escritores y dibujantes; hemos mandado hacer caprichosísimas cubiertas; los ejemplares irán siempre cosidos, suprimiremos los anuncios, aumentaremos el número de clichés, y, por último, reservamos una serie de mejoras que poco á poco irán conociendo nuestros lectores.
¿A que aprueban Vds. todo esto?



— Pero, animal; ¿por qué riegas la alfombra?

— ¡Toma! para barrer. ¿Quería el señorito que
barriese sin haber regado?

¡BEBAMOS!

A mi fraternal amigo Alejandro Larrubiera

Llena la copa... Más... Hasta los bordes...
Así... ¿Ves?... Esto á mí no me emborracha...
¡Bendito sea el vino que consigue
desterrar los recuerdos que me asaltan!

No te rías, mujer .. No estoy beodo...
¿Te alejas?... ¡No te vayas, no te vayas!...
Aproxímate... Ven... No me abandones,
que estar solo me asusta, me acobarda.
Perdona, amada mía, si destrozo
tu ingénuo corazón con mis palabras;
há tiempo debí hablar, y tuve miedo;
hoy quisiera callar, pero me espanta.

Escucha... Ella me amaba locamente,
como supo adorar; con toda su alma:
tan sólo en mí cifraba su ventura,
sólo por mí la gloria despreciaba.
Y, es claro, lo que ocurre; cierto día
el ángel de virtud plegó sus alas
cayendo, confiado, por mi culpa;
en la sima que ahondé con mis infamias.
¡Y un miserable fui que, indiferente,
me burlé de su amor y de sus lágrimas!

Yo te quiero, mi bien, y, sin embargo,
su recuerdo fatídico me mata.
Entre tú y yo su sombra se interpone

y celosa me increpa y me amenaza.
Cuando hago una caricia á nuestros hijos,
se presenta llorando desolada
con una criatura entre sus brazos
que agita sus manitas, y me llama.

Yo entonces, por temor, cierro los ojos;
pero en balde; su imágen no se aparta,
y siento por mi cuerpo cierta cosa
parecida á ese frio de la estátua;
que sin duda tenemos la conciencia
para que sirva luego de venganza.

¿Qué tienes?... ¿Lloras?... ¡Bah!... Llena la copa...
Así... ¿Ves?... Esto á mi no me emborracha...
¡Bendito sea el vino que consigue
desterrar los recuerdos que me asaltan!

AGUSTÍN PAJARÓN.

LA NIEVE

Dentro, en la chimenea, ardian los troncos,
humeantes y trémulas las llamas;
los nudos al arder, como corpúsculos
de pólvora estallaban,
y una lluvia de oro y de centellas
moría al nacer envuelta en una gasa
de humo asfixiante, que por las rendijas
se escurría en las grietas de las ramas.
Tú á mi lado, yo al tuyo, contemplando
de tu pelo ondulante la cascada,
y sentados los dos tras los cristales
veíamos caer la nieve blanca,
cuyos copos, cual blancas mariposás,
inciertos en el aire revolaban;
y si perdido alguno se atrevía
á tocar los cristales de la estancia,
al sentir el calor de tus pupilas,
bajaba por el vidrio en gotas de agua.
Silenciosos, absortos, ante el cuadro
que á nuestra vista estaba,
como avaros, sedientos de sonidos,
ahorrábamos también nuestras palabras,
y al escuchar latir emocionado
el corazón que guardas
dentro del pecho, arquilla misteriosa,
poseedora de frases enigmáticas,
de alientos y suspiros indecibles
que á veces dan la vida y otras matan,
parecía mirar hacia la nieve,
y sólo divisaba
tu faz, que es una flor de primavera



que lucha entre la rosa y entre el nácar.
De pronto, de aquel éxtasis divino
volvió la nieve á interrumpir la calma,
un torbellino se elevó hasta el cielo
y los copos giraban y giraban ..
—¿Dónde irán á caer?— me preguntaste.
—¡Muy lejos!— dije, sin saber qué hablaba...
¡Y cayeron tan cerca, tan cerquita,
que la nieve cuajó sobre tu alma!

EDUARDO VILLEGAS.

LOS DRAMAS DE LA FAMILIA



UNA hermosa, y qué interesante estaba aquella noche Celedonia!

Y sobre todo ¡qué espiritual.

El talle esbelto y delgado, el cuello delgado y mórbido, los dedos

delgados y en punta... lo demás, idem, idem.

Sólo así se comprende que Telesforo hubiera sacrificado su gravedad médico quirúrgica para trabajar con ella en la sociedad LA LIRA MODERNA.

Porque Celedonia era una actriz de cuerpo entero.

El teatro alcoba estaba bajo la advocación de S. Zacarías, colgado en el pasillo, porque eso sí, la familia de Cele, sería cursi pero temerosa de Dios.

Aquella noche ponían *El rizo sangriento*, de López Cascajo y una cuñada suya, en seis actos, y *El sollozo delator*, en dos, del inmortal poeta y padre de Celedonia, D. Camilo Minglanilla.

Ya habrán Vdes. notado que Telesforo amaba á Celedonia.

Y que era correspondido.

Y que un tal Carraspera, sastre del 3.º, derecha, había tenido relaciones con ella, pero por encima.

Y que después concluyeron para siempre. Aunque él la amaba todavía, porque era muy terco y había ido con buen fin. Además Carraspera vivía encima de Cele, y tenía un machete de la guerra civil, en la despensa y una fuente en la cocina.

Pero no adelantemos los sucesos. Volvamos á Celedonia y Telesforo, ya que los hemos dejado solos.

Aquel amor era un idilio.

—¿Me amas?—decía él.

—Sí, Teles mío; tu amor me enloquece.

—Jurámelo con las manos puestas sobre el corazón.

—Sobre donde tú quieras.

Y juraba.

—Soy el más feliz de los hombres.

—¿De modo que harás *El rizo sangriento*?

—Sí, vida mía; contigo soy capaz de todo, aunque pierda la voz y se incomode Cascajo.

—Pues bien, Telesforito; trabaja también en *El sollozo* de mi padre.

—¡Sea!... ¡Tesoro vital!

A este extremo habían llegado las cosas. Llegó la noche infausta y la hora funesta.

Todos los corazones palpitaban de emoción.

Porque ¡ay! los convidados aquellos, eran muy sensibles, y palpitaban enseguida.

Una magnífica colcha, café con posos, cercaba la puerta de la alcoba, á modo de telón.

LAS COSQUILLAS.—POR CARRASCO



—« 1 »—

Detrás, los actores.
Teles, agitado y convulso; Cele, convulsa, y nada más.
Mirábanse tiernamente á intervalos.
Y suspiraban.
En el foro, la cama, tapada con una estera.
Debajo de la cama... el gato.
Y la gata.
El idilio seguía.
Sonó un cornetín de llaves.
Era la señal para descorrer el telón.
Iba á comenzar el drama. Se oía allá á lo lejos, en la cocina, el fragor del trueno, imitado perfectamente con una lata de petróleo.
La señora de la casa descorrió la cortina con un palo...
Y apareció Celedonia vestida de amarillo con golpes verdes en la espalda, *matando* versos.

Estaba exponiendo la obra.
Así declamaba el apuntador.
Y ella al poco rato:
—¡Antes muerta que abadesa, mi Amador me encontrará!
¿Yo olvidarle?... ¡Cá! ¡cá! ¡cá!
Y aparecía Amador (en el mundo Telesforo) vestido de trovador, diciendo:
Por fin su amor me confiesa,
tras de desdenes prolijos...
(*Mesándose los labios*)
¿Qué hay en tus labios de fresa?
¡Perlas para una abadesa!

¡y besos para mis hijos!
(*Ella le coje una mano*)
¡Mi pasión raya en exceso aunque el corazón taladre!
¿Beso?

Y ella abandonando el talle y demás:
¡Besa, besa, besa!
sin que lo sepa mi padre.

Telesforo, dijo muy bien todo esto, sin perder la voz, ni el compás, que llevaba con la gorra, pero al ir á besar á Celedonia se le fué la cabeza, y cayó de bruces sobre un velador. (Aplausos tímidos.)

Gracias á Cascajo, que soltando ternos cultos, salió á escena, y empezó á improvisar versos con el bastón en la mano, ante el *cadáver* de *Amador*, mientras Celedonia le volvía en sí mismo, con mucho disimulo.

Y siguió la presentación en medio de atronadores aplausos.

Celedonia y Telesforo entraron en otra escena amorosa, pero con testigos.

La corte rodeaba á la feliz pareja... y el final del acto se acercaba.

El padre de la princesa descubría el pastel y mandaba cortar la cabeza á ambos. El verdugo apareció con el hacha, y al dar el primer golpe, sonaba un tiro que atravesaba el corazón de varios actores.

Y bajaba el telón.

Pero un nuevo personaje salió tal vez de debajo de la cama.

Traía un machete en la mano.

Los ojos inyectados en sangre, los labios lívidos, la nariz temblorosa, etc.



—« 2 »—

Todos habrán adivinado quién era el personaje del machete.

El terror se apoderó de señoras, caballeros, niños, niñas y coro de ambos sexos.

Mirándose unos á otros exclamaron:

—¡Estamos perdidos!

Efectivamente, estaban perdidos.

El hombre del machete blandió el arma, lanzó una mirada implacable y mirando al techo gritó como un energúmeno:

¡Escolástica, quita el tapón!...

Un torrente de agua bajó del techo inundando en pocos momentos la habitación.

¿A qué describir el cuadro de desolación que siguió á esta escena?

Nuestra pluma se resiste á describirlo.

Hubo momentos en que el agua les llegaba á las rodillas. Porque de rodillas se pusieron todos, implorando perdón. Carraspera, apiadado al fin, envainó el machete y tapó el agujero...

Al día siguiente un cuerpo flotaba sobre la estera de la sala. ¡Ah!

Era un cuerpo de vestido.

¡Y una camisa!

¡Todo de Celedonia!

Carraspera estaba vengado.

José BRISSA

LA CURIOSIDAD



I

—¿Qué es un beso?—decía un tiempo Encarnación á su adorado, cuando la pobre Encarnación creía que en aquella pregunta iba un pecado.

Después, como el amor es una ciencia en la cual, para ser algo ilustrado, vale más que el discurso la experiencia, Encarnación, amando con exceso, adquirió por sí misma la evidencia de que no hay nada más trivial que un beso.

II

En fin, de un ansia interminable esclava, pareciéndole aquello una tontuna,

—¿Pero no hay algo más?—se preguntaba. Y puesta en los amores su fortuna, con noble abnegación y fe sincera iba rasgando del pudor el velo, ¡creyendo Encarnación que el amor era el escalón para llegar al cielo!

Y gustaba un placer, y con sigilo.

—¿Pero no hay algo más?—se repetía, y el corazón, latíéndole intranquilo, —¡Hay algo más, y mucho más!—decía.

III

Muertos los sueños de color de rosa, hoy llora Encarnación desesperada.....

—¿Pero no hay algo más?—repite ansiosa. Y una voz implacable y misteriosa viene á su oído á responder: —¡No hay nada!

IV

Esta es la eterna historia: —Si el amorno es la gloria, ¿qué es la gloria?

RICARDO J. CATARINEU.



TEATROS

El público ha invadido el Liceo tantas noches como se ha puesto el escena *Garín*.

Por las tardes era ya imposible encontrar localidades.

Bretón es el héroe del día. Está en el apogeo de su esplendor. Ovaciones, regalos, banquetes, serenatas, ¿qué más puede pedir? Su genio musical le ha elevado portentosamente.

¡Un autor español que ha escrito dos óperas, ambas acogidas con delirio! Eso ya es imitar á los extranjeros.

La *sardana* del cuarto acto de *Garín*, apenas estrenada ya ha alcanzado el honor de la popularidad.

¿Y cómo no si es una composición llena de inspiración, dulce, sentimental, perfectísimamente instrumentada; una de esas obras que entusiasman al que la escucha y hace que sus notas se graben en la imaginación y ésta las repita continuamente?

—Señoras y caballeros, vayan Vdes. pasando; dos reales cuesta la entrada: á los amigos ni un cuarto. La *claque* entrará de balde, por un real los soldados y los niños y niñas por el mismo precio. ¡Vamos!



Esto no lo dice ningún payaso á la puerta del Eldorado.

Lo cual que no deja de estar mal.

Porque ¿obras? como la del Sr. Molas no necesitan de anuncios y reclamos que deben costarle un dineral.

Basta anunciarlas del modo antedicho.

¡Pobres actores! Da pena verles en el escenario ejecutando aquella paparrucha

Ya no hay ningún aficionado que no se encargue de ejecutarla á su modo.

Aunque consiga que se tapen los oídos todos sus oyentes.

—Voy á obsequiarle con una nueva audición de la *sardana*—decía ayer uno de éstos á un andaluz que ya estaba harto de oírle.

—No por Dios, *compare*; no me venga *osté* con más *sardinas*, que se me van á indigestar. ¿No ve que ya me ha *daó* hasta la *lata*?

Romea, la Gorriz y otros muy apreciables actores están de mudanza.

Abandonan el Tívoli y se trasladarán en breve al Calvo Vico.

Ojalá sean felices en su nueva casa.

Otro tanto deseamos á la compañía María Tubau, que ha inaugurado su campaña artística con éxito excelente en el Lírico.

Ya hablaremos de esto más despacio.

que va á dar principio la obra de un ingenio muy salado; una obra piramidal como no se han visto cuatro. Salen clowns y bailarinas, y ecuyeres sin caballos, y músicos que no tocan. Señores, vayan pasando

Ram, patamplán patamplán.

acrobáticobailable, tan *tonta* como las rosquillas de la tía Javiera.

Y eso que el título promete. *Jules Vert & Compagnie* ó *El barrón del pelo crespo*, hace esperar otra cosa.

Su autor tal vez se habrá propuesto la regeneración del teatro.

El día del beneficio de la Sta. Alba, el teatro estuvo lleno.



¡Cosa rara! Sigue aplaudiendola *claque Jules Vert &...*

El Circo Ecuéstre ha abierto sus puertas, presentando una excelente compañía.

Mr. Piatra es un anillista de primera fuerza; Mlle. Virginia hace maravillas en el alambre; la familia Montrose es una verdadera notabilidad acrobática, como se ven muy pocas; las *jongleusses* Mlles. Rosse y Blanche son guapas, así como las hermanas Ethair; los clowns Crescendos, Guillaume, Aragón. Harry, Joé, Tonino y Augusto hacen reír, lo que no consiguen muchos cómicos.



La bella Zephora hace bonitas combinaciones en sus elegantes aparatos y envía al público besos por docenas.

Muchas gracias, señora. El que más y el que menos se los devolvemos de cora-

zón, ya que de otro modo ¡ay! no puede ser.

La empresa de este coliseo hará un bonito negocio.

La compañía es bastante buena y las funciones se cuentan por llenos.

Los barristas hermanos Campillo fueron aplaudidísimos al presentarse en el Circo Español.

Son excelentes gimnastas dignos de los aplausos que se les tributaron.

Anúncianse en este circo nuevos *debuts*.

Las carreras de caballos se han visto muy animadas.

Y tenemos en Barcelona en la actualidad dos circos ecuestres, carreras de caballos, gimnastas en algunos teatros, patines en varios salones y parodias de circo de feria en el Eldorado.

¿No les parece á Vdes. que nos hallamos en Londres?

YOMET

PICADILLO

Al salir del Congreso un diputado, hace pocos días, recibió en pleno rostro un salvaje que le lanzó un caballero.

Tal vez el agresor tuviera motivos para obrar así.

Pero de todos modos hizo mal.

Porque si este sistema se pusiese en moda, ¿quién podría reconocer dentro de poco las caras de algunos padres de la patria?

Parecerían arroyuelos.

Un niño muy mal formado dió á luz la mujer de Gil, y en la sala del juzgado fué el chicuelo presentado para su inscripción civil.

Al ver á la criatura dijo el juez, por un error no extraño á su investidura:

—¿Sabe alguno, por ventura,

quién ha sido el malhechor?

ALVARO ORTIZ.

En la sección de anuncios de un diario se leía hace algún tiempo lo siguiente:

«Una joven viuda que está á punto de quitar el pecho á una niña de diez meses, desea tener otro niño.»

A un reo puesto en capilla preguntaba un mandadero:

—¿Qué quisiera usted tomar?

—¿Quién, yo? Las de Villadiego.

Si á mi loca pasión, ayer sumisa, tú pusiste causándome desvelos la camisa de fuerza de los celos, mi amor he de matar, bella Eloísa; que prefiero morir sin tus consuelos, á sufrir tus amores con camisa.

ANGEL DE LAS HERAS.

Imp. DIARIO MERCANTIL. Cortes, 212 bis